

IV.

CAUSAS DE LOS OBSTÁCULOS, SU FECHA, Y SI AUN PERMANECEN.

Y bien, geólogos de la política, y naturalistas de la historia!... Yo os pregunto quién ha encendido allí esos Etnas y Vesubios de tiranías y depredaciones; quién ha soltado esas llamas y erupciones de desolacion, de guerras y de humareda de conquistas; quién ha sofocado allí con cenizas ardientes de tiranías y dominaciones, la vida de la nacionalidad; quién ha encendido esas, que vosotros podeis llamar solfataras de supersticion, para abrasar con ellas las flores puras de la creencia y la viña fecunda de la fé; quién ha soltado por aquellos campos la lava incandescente de las pasiones anárquicas, y ha hecho menudos pedazos aquel fertilísimo suelo, con las sacudidas y terremotos de tantas revoluciones!...

¿Cómo han sido un obstáculo para su independencia la dominacion del imperio austriaco, la dominacion española y el protectorado francés?

¿Cómo ha pesado sobre la constitucion autonómica de la Italia la intervencion extranjera?

¿Cómo ha sido obstáculos á su unidad política la existencia del pontificado, y la multiplicidad anárquica de sus diferentes Estados?

Estos singulares hechos y esos extraordinarios fenómenos, ¿quién los llevó allí? Esos tres conflictos ¿de dónde le han venido? El Imperio, la intervencion extranjera, el Pontificado, la division de Estados y Repúblicas, ¿quién los ha llevado á Italia?

No lo dudeis: tenemos que darnos la misma respuesta que nos hubieran dado los Geólogos respecto de los volcanes. Ellos me hubieran dicho: son la ley y la condicion de su constitucion geográfica: son los fundamentos de su existencia geológica: son la Italia misma: son el resultado de la organizacion del globo, y determinan el puesto y la manera de ser de las condiciones que ella ocupa.

¡Y bien! El Imperio, la intervencion extranjera, el Pontificado, la independencia municipal, feudal ó republicana, no lo dudeis; la Italia los creó.... La Italia los produjo al mundo. Fueron las condiciones de su vida; fueron las manifestaciones de su espíritu y de su existencia; fueron las bases de su poder; fueron las leyes y las evoluciones de su misma historia.

Todos esos hechos, que hoy se nos presentan convertidos en conflictos, en calamidades, en desventuras, en iniquidades tiránicas, en usurpaciones sacrílegas ó en supersticiones fanáticas, fueron un tiempo las creaciones de su génio, las excelencias de su grandeza, los privilegios de su superioridad, los títulos de su primacía en el mundo, los atributos y distintivos de aquella nobilísima raza. Fueron los resultados del destino que le ha cabido en el mundo; fueron los caracteres del papel que representó en el drama de la historia; fueron las preeminencias del altísimo y privilegiado puesto de asimilacion, magisterio y sacerdocio en que la colocó la Providencia.

La Italia fué la madre, la señora y la maestra de las naciones latinas.

La Italia fundó, sostuvo, consagró y resucitó dos veces en el mundo al Imperio romano.

La Italia recibió, creó, alimentó en su seno, y extendió por todo el orbe la adoracion de su Pontificado.

La Italia, desde su origen, desenvainó su espada contra todos los pueblos de la tierra, provocándolos á un desafio que algunas veces tuvo que ser la invasion. Desde que dijo DELENDA EST CARTHAGO, todo Aníbal pudo pasar los Alpes; y en una intervencion no interrumpida de diez siglos, ella fué constantemente la agresora.

¿Creeis que la época de todos estos sucesos son edades tan remotas? ¿Creeis que esos hechos están tan lejanos? ¿Creeis que nuestros ojos padecen una exagerada alucinacion histórica, juzgando dotadas todavía de vitalidad é influencia, cosas que os parece que duermen hace siglos en las catacumbas de lo pasado? ¿Creeis que ya no existe nada vivo de cuanto esos siglos dieron á luz? ¿Lo creeis todo lejano, muerto, desaparecido, renovado! Filósofos sin analogía y políticos sin abolengo, ¿creeis que es ilusion literaria pensar que no está muerto y sepultado todo lo de César, y de Augusto, y de Trajano, y de Teodosio, y de Teodorico, y de Carlo Magno, y de Estéban II, y de Gregorio VII, por no hablar de tiempos posteriores? Preguntádselo, por un instante, á la lengua que hablais, á los Códigos por que os regís, á las creencias que profesais, á los libros por donde aprendeis, al pan de que os sustentais, á los conductos por donde pasan las aguas que bebeis, á los puentes que atravesais, á la construccion de las casas que vivís, á los letreros de las tumbas en que os enterrais. Preguntádselo á los meses del año,

á los dias de la semana; preguntádselo al manto de vuestros Reyes, al ropon de vuestros sacerdotes, á la toga de vuestros magistrados, á las águilas de vuestros ejércitos. ¡Lejanos esos hechos y esas edades!....

¡Veinte siglos desde César! ¡Doce desde Carlo Magno! ¡Tres desde Cárlos V! ¡Doce, veinte, treinta generaciones..... lo más remoto! ¡Lejanos!.... Los abuelos de cada uno de nosotros hasta Augusto, podrian comer todos en una mesa de cien cubiertos: sus retratos no llenarian un pequeño álbum de cien fotografías!.... ¡Lejanos..... y borrados..... y perdidos esos orígenes y esos hechos!.... ¡Y los llevamos impresos todavía en nuestras facciones! Somos rubios ó ateizados, segun descendemos de los Latinos ó de los Germanos; y pretendeis no ser Güelfos, ni Gibelinos, cuando lo ha sido todavía vuestro tercer abuelo, que tal vez os tuvo en las fuentes del bautismo!....

De cierto que sentimos pensar así, y vernos atajados por esos hechos y por esos precedentes, con obstáculos que embarazan nuestro discurso y se oponen, como ruinas amontonadas por los siglos, á la desembarazada ejecucion de los grandiosos planes de construccion moderna. Tal vez sea culpa de nuestro medroso ánimo; y envidiamos sobremanera la incontrastable confianza de aquellos espíritus tan poseidos de una conviccion, ó tan creyentes en la omnipotencia de la lógica, que nunca encuentran dificultades en la region de los hechos, para las creaciones á que dan vida en el mundo de las idéas. ¡Lástima que, segun la irreverente frase de Alfonso X, el Criador no les hubiese consultado para construir el mundo! Las primaveras no hubieran tenido tempestades, ni los mares tormentas: las nubes del cielo no hubieran fulminado el rayo; ni las entrañas de la tierra se

hubieran agitado en convulsion de terremotos. Los deltas de los grandes rios no hubieran exhalado gases de epidemias sobre las comarcas más bellas del globo; y los hombres, siquiera hubiésemos de nacer mortales, hubiéramos venido á la luz del dia sin dolor de nuestras madres!....

En vez de que ahora, y segun nuestra triste filosofía ó nuestra menguada preocupacion, abrigamos el recelo de que, por laborioso que sea el parto en que sale á la vida un hombre, es más desgarrador todavia, más lleno de angustias y convulsiones el periodo crítico y doloroso en que una nueva sociedad sale á la historia del mundo, de las entrañas de la que la llevó en su seno.

V

DEBERES DE LA ITALIA.

¿No sabe la Italia nueva que nunca ha sido de buen agüero para los hijos haber dado, al nacer, la muerte á sus madres?

¿Es tan absoluto que la Italia histórica se pertenezca á sí propia, que aunque no se pueda decir sin iniquidad y tiranía que ha de ser forzosamente la esclava de un dueño, no puede sostenerse con derecho que le es dado dejar de ser la madre de sus hijos?

¿Desde cuándo es justo ni moral que una madre se pertenezca exclusivamente á sí propia? ¿Bajo mil consideraciones no se pertenece á los que de ella nacieron á la vida?

La Italia, pues; que ahora quiere salir á la vida de la monarquía constitucional, del seno despedazado del Imperio; que quiere sacudir para siempre la prescripcion de la intervencion extranjera; que aspira á dejar sin asiento territorial al Pontifice; ¿creeis que lo pueda hacer sin perturbaciones, sin dolores y sin conflictos europeos?

¿Es tan fácil como parece, y como ella misma se figura, desentenderse de los hechos, que por su propia accion, entraron como elementos orgánicos en la constitucion de todos los demás pueblos?

¿Es tan óbvio, tan natural como se cree, que ahora no quiera reconocer derechos, que algun día hizo prevalecer en las otras naciones, como deberes?

¿Es tan sencillo y tan hacedero que reclame ahora su destino parcial y su limitada y circunscrita autonomía, cuando su constitucion imperial fué la Europa entera, y su primacía religiosa la cristiandad?

¿Es una cuestion orgánica y administrativa de un reino recién nacido, ó el de un distrito municipal ó electoral de doscientos mil habitantes, la existencia ó no existencia del Pontificado de Roma, que ha entrado en la organizacion política de todas las naciones católicas, en la manera de ser de todas las sociedades, en la existencia íntima, privada, doméstica de cientos de millones de familias?

Y despues de todas estas dificultades, hay otra, por el momento, más grave, más complicada, que descuella ante nuestros ojos sobre todas ellas, como un indescifrabable logogrifo: la dificultad de comprender y explicar hasta qué punto esas que fueron realidades históricas, son hoy nada más que ilusiones fantásticas, ó conservan aún sagrados y legítimos intereses; hasta qué punto los pueblos, los partidos y los poderes que ventilan estas cuestiones, fundan, en lo racional y práctico legítimas pretensiones; ó hasta qué punto explotan lo quimérico y lo ilusorio como pretexto de injustificables tiranías, de ambiciones desapoderadas, y aun tal vez, de sueños generosamente ideales.

Y esta dificultad, sobre todas, es la que aún detiene sobre el papel nuestra pluma. Satisfechos con haber indicado acerca de estas cuestiones una manera especial de considerarlas, y dejando á inteligencias más competentes

la fórmula de resolverlas, no pensábamos insistir en dudas y perplejidades, que cuando no se les dá solución, basta con indicarlas, sin que sea indispensable discutir-las. La dificultad que hemos indicado, nos impone el deber de insistir todavía en algunas idéas que puedan esclarecer lo pasado, viniendo en ayuda del criterio presente. Del porvenir nada dirémos: misterioso oráculo que permanece mudo delante de nosotros, y al cual solo podemos dirigir, de lo íntimo de nuestra desconfianza, modestas preguntas, por más que alguna vez parezcan en nuestro tono arrogantes y dogmáticas afirmaciones. Su respuesta no la habrémos de oír probablemente nosotros. Gusanos de un día, tenemos que decir como Job: *si manè me quæsieris, non subsistam.*

Quédese para otros la necesidad de ver *lo que es*, para juzgar *lo que será*. Contentémonos en las cuestiones indicadas, con ver los hechos sometidos á nuestro exámen, para de lo que han sido, deducir lo que producirán.

Esta, y no otra, es la importancia de la Historia. Por ello sólo es la luz de los tiempos y la maestra de las generaciones.

VI.

INDEPENDENCIA DE ITALIA.

LO QUE FUÉ.—LO QUE PUEDE SER.

¿Fué Italia alguna vez verdaderamente independiente?

En el sentido que las naciones dan á esta palabra, Italia no lo ha sido nunca. Italia dependió solo de Roma; la Italia romana fué más que independiente; fué señora. Su accion, su destino, su dominacion no fueron italianos; fueron européos; y la dominacion, la conquista, la asimilacion de la Europa al Imperio romano, no podia ser la independencia, porque fué precisamente todo lo contrario; fué la absorcion.

Cuando los flamencos y los belgas se separaron de la dominacion española, se quejaron de la tiranía y mal gobierno de sus Reyes; pero nunca dijeron que los españoles los habian conquistado: nunca, ni entónces ni despues, pudieron quejarse de la ilegitimidad de su anexion á aquella España, que tambien tuvo un tiempo su Imperio, como Roma. Cuando Cárlos de Gante, su legítimo Soberano, se encontró súbitamente heredero de Cárlos el Temerario y de Maximiliano de Austria; de Fernando el Católico y de Isabel de Castilla, los flamencos tuvieron la ilusion de la improvisada grandeza de su conde de Flandes: creyéronse, como él, llamados á dominar á Europa, y ciertamente que se hubieran peleado por él, si al-

guien le hubiera disputado los derechos de aquella sorprendente fortuna.

No fueron de cierto los españoles á los Países-Bajos; sinó que vinieron los flamencos á enseñorearse de Castilla, como palaciega cohorte del jóven heredero de Felipe el Hermoso; y por cierto, bastante insolentes, tiránicos y codiciosos, y desconocedores y enemigos de los fueros y libertades de los reinos españoles, para excitar una revolucion formidable, que Cárlos I, con ayuda y alegría de sus compatriotas, ahogó en la sangre más generosa de España. Y aun tal vez no hubiera concluido tan ventajosamente para el nuevo poder absoluto, si el nuevo César no hubiera dado á sus nuevos súbditos, cuya importancia y valor conoció desde luego, la única paga por la cual los pueblos entusiastas y belicosos enajenan su libertad, la gloria; á saber, la conquista de Europa como en trueque de los fueros de Castilla. Sucedió despues lo que ha sucedido siempre en la historia; que los *pocos* dominadores, por la ley inexorable y mecánica de la gravedad, se encontraron súbditos y provincia de los *muchos* dominados; y en la hora del agravio y de la tiranía, Horn y Egmont se habian olvidado de Adriano de Utrech y del señor de Xévres, y no sabían que sus cabezas pagaban ante la eterna justicia por las ilustres vidas de Padilla y Maldonado. La historia no suele estudiarse bajo el punto de vista de estas enseñanzas morales; cada generacion se cree sola é independiente en el mundo, se olvida de que el tiempo no es nada para la Providencia, y tiene por figura ó paradoja aquello de *Deus fortis, Zelotes, et patiens, visitans iniquitatem patrum in tertiam et quintam generationem*.

Hemos aducido un ejemplo moderno para la mejor ex-

plicacion de un hecho antiguo, no con la mira de un absoluto paralelismo. Roma conquistó el mundo; y el primer resultado de esta poderosísima conquista, es que la idea de Italia, la entidad italiana apenas existe, porque fué desde luego absorbida, como la primera conquistada.

Cuando los bárbaros invaden la Italia, ¿qué es lo que políticamente sucede? Ellos, los pueblos germanos, vienen para establecerse: sus caudillos, para suceder ó para nombrar á los Emperadores: ella los recibe como una calamidad, ó como una faccion; pero nunca los reconoce como poder, ni como autoridad. Y no sólo se cree siempre la señora del mundo, sino que impone esta creencia á los bárbaros mismos.

La idea del imperio Romano abarca de tal manera á todas las naciones, que ninguno de los pueblos se cree extranjero: los bárbaros se imponen á Roma; no aspiran á destruirla. Los godos y los visigodos pueden ser Emperadores, como lo habia sido Maximino, como los españoles Adriano y Teodosio, como el Trace Justiniano, etc., etc., por el derecho de aquella gran ciudadanía que Roma habia establecido en el mundo. Italia no podia tener nacionalidad, porque las habia borrado todas. Las nacionalidades de los invasores son de raza, de sangre, de origen; no de territorio. Los godos son godos en el Danúbio y en el Tajo; los vándalos son vándalos en el Elba y en África. Lo que llamamos nacionalidades de territorio habian desaparecido bajo el poder de Roma; aparecen despues. En el imperio todos son romanos: en el poder hay usurpaciones y partijas; pero no hay conquistas. Los bárbaros piden tierras, como los veteranos de César; y como César se las reparten los caudillos, estipulándolas con los Emperadores.

VII.

IDÉA Y NATURALEZA DEL IMPERIO:
SU PERPETUIDAD.—SOBERANÍA DE ROMA.—EL PAPA
DEPOSITARIO DEL IMPERIO.

La idea del Imperio no muere nunca. Aun cuando se halla transportado á Constantinopla, y los caudillos se enseñorean de la Europa, no se atreven á creerse con autoridad, si el Augusto de Oriente no les ha enviado la púrpura; y no les basta que las legiones les doblen la rodilla, si no los aclama augustos el Senado del Capitólio. Los jefes de los ejércitos ostrogodos ó los caudillos de los hérulos, no hacen con Roma lo que Alejandro en Babilonia: lo que sus capitanes herederos, en Asia y en Egipto; lo que Escipion en Cartago; lo que César en las Galias y Octavio en España; lo que Paulo Emilio en Tébas y Corinto; lo que Gengiskan en la China, y Timur en el Mogol; lo que el ejército de Muza despues de la batalla de Guadalete; lo que Mahomet en Constantinopla.

Aun cuando el Imperio se divide, los hijos de Teodosio el Grande, en lugar de ser colégas, se separan; pero en ninguna de las porciones está la Italia como separada de Occidente: continúa como su cabeza. Los Estados que forman los bárbaros, son lugartenencias con grandes feúdos, ántes de que se formen los chicos de la gran soberanía. ¿Sabeis cuando la Italia se cree oprimida y rebajada?

Cuando Odoacre, despues de la abdicacion de Augústulo, por primera vez quiere fundar un reino en ella. Entónces, el godo Teodorico, que estaba en Oriente, viene en nombre de Zenon á libertarla, y su conquista aparece como una restauracion. Justiniano no dejó de creerse Emperador romano: intervino en África en la cuestion de Hilderico, como supremo soberano; envió á Belisario como General á Africa y á Sicilia; codificó como Teodosio, y se llamó *Gothicus, francicus*, etc., porque era señor de todos ellos.

La soberanía de Roma estaba más arraigada en el mundo, y era demasiado universal y cosmopolita, para que la modificaran las ideas de localidad y nacimiento. Arcadio y Honorio se reparten la púrpura: Augústulo abdica; pero Roma no abdica nunca; y Teodorico y Odoacre, y los exarcas de Rávena, y los prefectos de Milan, y los patricios de Roma continúan vasallos de aquella idea moral, que constituye el predominio de la ciudad eterna, y que continúa dando vida, y esplendor y magisterio y nombre á la ciudad de Constantino. En vano la fuerza y la barbárie se empeñan en que Roma no sea el Imperio de Occidente. El Imperio de Occidente no reconoce el destronamiento de su Reino: como otro San Dionisio, se pása por la Europa, llevando en las manos su propia cabeza. Los Soberanos de Bizancio continuarán en llamarse Emperadores romanos; la Instituta seguirá diciendo en las escuelas griegas y bizantinas *LEX EST QUOD POPULUS ROMANUS CONSTITUIT*, y la Europa occidental continuará pidiendo á los Césares de Bizancio, ó á los patricios del Capitólio que envíen la púrpura y la diadema con un decreto en latin á los que han de venerar como supremos señores.

VIII.

ANÁLISIS DE LA INDEPENDENCIA DE ITALIA
EN ESTOS SIGLOS.

¡Extraña independencia la que se quiere buscar para la Italia en estos siglos! La dependencia es vínculo que no solo liga al que obedece, sino tambien al que manda; á uno y á otros; por diversos extremos, es cierto. Mas para que contenga á los súbditos, preciso es que produzca fuerza, y haga sentir tambien presion en la mano del que reprime. Si ésta se halla suelta, no constreñirá á los demás.

Italia, pues, no fué independiente; porque fué cabeza. Ya hemos visto que esto es ser dependiente por reciprocidad. Sus destinos fueron desde luego europeos. Es más; la independencia no le hubiera sonreido; le hubiera parecido abdicacion. Las soberanías parciales y efímeras, que se formaban en derredor de ella, le parecian desmembraciones anárquicas y usurpaciones ilegítimas. Á los Emperadores, donde quiera que estuviesen, en el Bósforo, en el Danúbio, los creia sus Soberanos legítimos. Á los parciales detentadores de la potestad suprema, aunque estuvieran en Italia, los denominó tiranos. Cuando el Emperador estaba ausente ó lejano, se quejaba de él, como si la tuviera abandonada, ó como si se encontrara vendida.

Cuando los príncipes bárbaros parecieron no ocuparse más que de sus nuevos dominios, en medio de las comunidades y *señorías* de Italia y de los nuevos Estados que se organizan en Europa, Roma continuó la idea del Imperio, primero en su Senado, después en sus Pontífices. Por eso el Pontificado, considerado temporalmente, lejos de cometer una usurpación, ejerce una tutela. Entre las mil soberanías tributarias, que se levantan en derredor suyo, bajo diferentes formas, el Pontífice de Roma aspira á la igualdad; pero lejos de aspirar á la supremacía, la declina y rehuye cuidadosamente. Comprende siempre, en un sentido eminentemente político y religioso, la separación de los poderes; y cuando por el estado y carácter de los nuevos Estados, se encuentran sin Emperador, el Pontífice no le suplanta; ántes bien le crea y le consagra.

Para los Padres y Doctores de la Iglesia, la unidad del mundo, que fué la preparación histórica del advenimiento de Cristo y de la predicación del Evangelio, era, sinó indispensable, muy conveniente á la propagación de este. Por ello San Pedro toma posesión de Roma. Allí, donde pasarán los Emperadores, quedará, á pesar de eso y aun por eso, la cabeza del mundo con el Pontificado. Por ello también ya en el siglo III escribía San Ireneo su obra inmortal sobre la UNIDAD DEL GOBIERNO DEL MUNDO contra los gnósticos, los cuales, igualmente que otras herejías, conspiraban por el fraccionamiento, así del centro y de la autoridad religiosa, como de la gobernación y de la política.

No usurpa, pues, el Pontificado la púrpura; pero sí la conserva como en depósito.

Es de advertir que cerca ya del cumplimiento de aque-

lla etapa providencial; ó la previsión sobrenatural de ella, ó por lo ménos (aunque sea sólo humanamente juzgando), un gran instinto político hace adivinar á los Pontífices la necesidad de su alianza con la raza de los Carlovingios. Gregorio II y III envían Legados á Carlos Martel. Leon III, apenas elevado al sôlío pontificio, los envía también á Carlo Magno, y con ellos, además, las llaves del sepulcro de San Pedro y el estandarte de la ciudad de Roma, como signos de la soberanía, invitándole á la alianza y amistad con el Príncipe de los Apóstoles contra los Lombardos. El elegido de Dios, que con aquellas llaves ha de abrir, para sacar del tesoro de los Apóstoles, en el centro del mundo católico, el resguardado manto imperial, somete la Aquitania, *pasa los Alpes*, sujeta á los Lombardos, y viene á Italia para resucitar el Imperio, recibiendo de aquel Santo Pontífice la consagración y la investidura. Compartiendo con el Pontífice la autoridad, no ejerce la religiosa, ejerce sí el protectorado político: rival y amigo del califa Harum-al-Raschid, como que no quiere serle inferior en nada.

Fué el Imperio de Carlo Magno una vasta dictadura para domar á los Sajones, emancipar de los Lombardos al Pontificado, y resistir á los Árabes. Esta fué su misión histórica: la idea capital de la misma, en el orden político, la autonomía de la raza y gente Italiana, la cual desde el Tíber y el Pó ha de mandar, por un derecho circunscrito y limitado, que no sea común á toda Europa, la cual se creará patricia de aquella gran ciudadanía.

IX.

EL PONTÍFICE Y EL SANTO IMPERIO.

Así se funda el Santo Imperio. Digan lo que quieran Jornandes y los historiadores godos, Carlo Magno se halló el jefe más preponderante de las naciones Galo-francas y de los pueblos Germanos.

Era el Emperador de Occidente; era el Rey de Lombardia.

El Papa, dispensador de tan altas investiduras, pero supremo representante de la autoridad y de las grandes ideas que el Cristianismo habia traído al mundo, hizo lo que era preciso para que aquel poderoso Príncipe no se creyera, como los déspotas de Oriente, ó como los Césares paganos, soberano dueño y señor absoluto. Los cristianos no podían ya ser esclavos. La antigua soberanía popular habia enjendrado un poder demasiado brutal y omnívoto. Para un pueblo tan religioso y tan creyente, el derecho divino era un freno, una barrera: el Vicario de Cristo en la tierra, el representante del poder de Dios, y de la libertad é independencia de la conciencia humana. Pero muy léjos de intrusarse en el Imperio quien le consagra, en vez de abolirle ó de suplantarle, le resucita. No ha de escarnecerle y humillarle quien bajo sus águi-

las se abroquela. Leon III no abdica, aclamando á Carlo Magno. ¿Á quien habia de hacer Emperador, sinó á él? Revistese la historia de aquella época, y dígase de buena fé si se destaca otra figura comparable con la del vencedor de los Lombardos.—Andarán los tiempos y el Pontificado no se desmentirá, ni en su prevision, ni en sus tradiciones.

Gregorio VII no aspira á destronar, y ménos en provecho propio, á Enrique IV. Hace con él, con diferencia de tiempo y accidental diversidad de circunstancias, lo que habia hecho San Ambrosio con Teodosio el Grande. No es el rival del Emperador; es el gran Sacerdote del Catolicismo; es el tribuno apostólico de la gran República cristiana, y algo más alto que Virginio y los Gracos; es el gran Justicia de los fueros y libertades de la república cristiana, algo más fuerte y no ménos perseguido que Lanuza. Los Pontífices no pretenden ser Emperadores. Á lo que aspiran los Pontífices es á que no haya un Emperador Franco y otro Germánico, sinó que el Emperador de Occidente sea Emperador Romano. Pero lo que no se les ocurre es que el Papa, aun cuando sea, como frecuentemente era, Romano, sea Emperador; ni que el Emperador mismo haya de ser forzosamente Romano, ni Italiano de nacimiento. Y es que el Pontífice era católico; el Emperador europeo: el uno era el heredero de los Césares; el otro el sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

Á la muerte de Carlo Magno, vuelve á dividirse el Imperio. Estéban III consagra á Ludovico Pio. Los hijos de éste se reparten de nuevo el poder imperial. Pero desde entónces, ora sea un Rey Franco, ó un Príncipe Germánico el que mande en Italia; ya se llame Lotario ó Carlos, ya Othon ó Enrique, Conrado ó Federico; ya sea

más ó ménos Carlovingio, ya se llame de Franconia ó de Suevia, el que ha de obtener la primacía entre todos los Monarcas de Europa, ha de ser coronado en Roma, y unido en aquel San Pedro que ha reemplazado al Capitólio; ha de ser denominado Rey de los Romanos; ha de tomar en sus manos el globo imperial de Constantino y de Justiniano.

El interés de poseer la Italia no era tanto por enseñorearse de aquella tierra, que tal vez abandonaban á su anarquía interior, á sus *señorías* independientes, ó á sus sangrientas parcialidades, y en donde á veces no volvian á poner los piés; como porque solo de la Italia les venia el prestigio, y la consagracion del poder que habian de ejercer en las dos márgenes del Rhin, del Elba, del Ródano y del Danúbio. Y era menester la consagracion romana, porque la Providencia y la historia habian traído la herencia del Senado y del pueblo de Roma, á manos del Supremo Sacerdote de la Iglesia Católica, que sumo intérprete de la ley evangélica, se encontró además, por una série de portentos y acontecimientos, depositario de la ley régia de los antiguos tribunos.

En el siervo de los siervos de Dios se concentraba la magestad de los comicios. Por eso, con procederes más ó ménos acomodados á las circunstancias de los tiempos, con más ó ménos irregularidades accidentales, producto de aquellas sangrientas catástrofes y de aquellas bárbaras luchas, y de aquellos soberbios caracteres; con formas más ó ménos solemnes, é imponentes y terribles, se encontró el supremo juez y árbitro de aquellas contiendas, el dispensador de aquellos derechos; y por eso su autoridad y su sacerdocio no eran tampoco italianos, sinó universales, católicos.

Las guerras de las investiduras no fueron, en su esencia, otra cosa. Los mismos desórdenes é intrigas que acompañaron á la eleccion de los Pontífices, los cismas prolongados entre casas soberanas ó fracciones poderosas, á propósito de la eleccion de los Papas, no reconocieron otro origen sino que todo lo de Roma era universal, no solo en el dominio de la religion, sino en el orden de la dominacion temporal del mundo. No habia interés ninguno transcendental en la designacion de un obispo de Reims ó de Soissons, que dirigiese la conciencia del sucesor de Clodovéo ó de Hugo Capeto; pero el mundo podía conmoverse, y los poderes de la tierra agitarse, para conocer y tener propicio á aquel anciano Rey de pocos dias, salido del fondo de un claustro, ó criado en una cabaña, que habia de decidir en última apelacion, si habia de ser Alfonso de Castilla ó Rodulfo de Habsburg el sucesor de César y de Carlo Magno.

X.

FRACCIONAMIENTO: ESPÍRITU CONQUISTADOR.—
TESTIMONIO DEL DANTE—INDEPENDENCIA DE LA ITALIA
DE LOS SIGLOS XIII, XIV Y XV.

En vano en la anarquía que sigue á la extincion de la casa de Suevia, se desenvuelven con tanta fuerza y tanta vitalidad en el seno de Italia los gérmenes de vida, que abriga siempre en su seno aquella tierra de tanta expansion y de tanta energía. Ninguna de aquellas soberanías locales, ninguna de aquellas admirables repúblicas, ninguna de aquellas esclarecidas familias, ninguno de aquellos poderosos bandos abandona, negándola ó concediéndola, la idéa tenaz del Imperio, que aun en los mismos momentos en que deja de ser una realidad, grava y actúa sobre sus imaginaciones, como una pesadilla, de la cual no pueden despertar. Pero en este período, hasta los despedazados miembros de la gran familia Italiana, como si lo fueran de un pólipo de guerra y dilatacion, siguen su taréa de asimilacion y de conquista. Las repúblicas y señoríos de Italia no se funden; pero conquistan y guerrean. Conquista Pisa, conquista Venecia, conquista Génova; y hasta Amalfi, y Cerdeña, y Sicilia. Para los Gibelinos, el Emperador es siempre el símbolo de la gloria, del poderío, de la tradicion nacional; para los Güelfos,

la absoluta independencia local de sus señores ó de sus magistrados.

El génio más liberal, más unitario, más independiente de toda la Italia de los siglos medios, y el que ha escrito bajo la forma de un poema teológico el libro más instructivo y más fotográfico de los sentimientos y de las grandes idéas de la Italia, harto sabido es, cómo era Gibelino, cómo era imperialista, y cómo coloca en el último pozo de los infiernos á Judas y á Bruto, á ambos juntos en el más hondo vórtice del Tártaro, como lo estaban en la síntesis de su inteligencia el *tradittore di Cristo* y el asesino de César ¹.

Nos acordamos de haber leído en algunos historiadores, y hasta en historiadores italianos, que la independencia de Italia desaparece del todo en el siglo XVI, despues de las victorias de Carlos V, y bajo el peso de la dominacion española. Cuando esto leíamos, buscábamos con afan cuál podía ser la independencia nacional que los italianos tenían en los siglos XIII, XIV y XV, para que así la llorasen bajo las armas del poderoso Emperador. ¡Era, por ventura, en la Roma de aquellos siglos, que contendía con el Emperador Federico; en que el Papa Martino IV era nombrado, por voto unánime popular, Senador Gobernador temporal, ó en la que se combatian y condenaban las doctrinas de Guillermo de Santo Amor, ó finalmente, en donde nacían las órdenes mendicantes, y en donde germinaban y se predicaban las cruzadas que despeñaban la Europa sobre el Asia; época memorable,

¹ Podríamos hacer un libro más voluminoso que estas páginas con las citas de Dante que comprobaran nuestro aserto.—¿Para qué? Véase toda la *Divina Comedia*; pero, sobre todo, el episodio de Sordello en el Purgatorio, y la aparicion de Justiniano en el planeta Júpiter, en el Paraíso.

cuya síntesis es ser grande y heroica en cuanto toca al carácter sagrado de depositaria de la fé y cabeza del mundo católico, y pequeña y desgraciada en cuanto concierne á su individualidad y privada gobernacion?

¿Ó radicaba la independencia de Italia en la Toscana de los Güelfos y Gibelinos, ó en la Génova de los negros y los blancos? ¿Era bajo el poder de Ezzellino de Romano, de Galeato Visconti, de Sforzia, de Ludovico el Moro, de los Estes, y más tarde, de los Borgias? ¿Estaba la independencia en Sicilia, víctima de Manfredo, de los Normandos y de los Aragoneses, ó de Prócida y las famosas proverbiales Vísperas; en la Nápoles de aquella Juana que brinda con el trono á amantes extranjeros, y que hoy decapita á los Angevinos, para entregarse mañana á los Españoles? ¿Es en el ducado de Saboya, cuyos Príncipes van á ser Gobernadores de las provincias y Generales de los ejércitos del Rey de España? ¿Es la Italia independiente la Italia invadida por las armas del hijo de Luis XI, ó amenazada por los ejércitos de Francisco I, ó sujeta á los Gobernadores de Maximiliano? ¿Es la Italia del suplicio de Arnolfo de Brescia ó del martirio de Savonarola? Preguntad por esa independencia al Dante, y le oiréis llamando á gritos á su querido y lejano Emperador; ó á Machiavelo más tarde, y os describirá un príncipe como su patria lo habia menester.

XI.

AUTONOMÍA ITALIANA.
DE ITALIA, EN EL IMPERIO DE CÁRLOS V.

Pero al fin este Emperador advino; este Príncipe se encontró: Cárlos tambien; grande como el que consagró Leon III. Lloraba por él la Italia; pediale al cielo; y él, que en su solitario castillo de Gante, como Napoleon III en su fortaleza de Ham, habia soñado en una nueva organizacion del mundo; cuando súbita é impensadamente se encontró con la realidad impensada de heredero de los reinos de España, de las coronas de Austria, Alemania, Bohemia y Hungría, del ducado de Borgoña, y del porvenir inmenso, fantástico, y todavía no bien deslindado, de la América recién descubierta, para fundar, como fundó, sinó la monarquía universal, que con harto motivo pudo pasar por su mente, á lo ménos esa unidad política que se llama Europa, fundiéndola de todos aquellos miembros desunidos y aislados, necesitaba la Italia; y la Italia necesitaba de él, como necesitó más tarde de Bonaparte.

Desde que hubo un Emperador elegido en Aquisgran y triunfador en Toledo, como su predecesor lo habia sido en el Sena, necesitó consagrarse en Roma, venir á arrojarse César en el Vaticano. La Italia le recibió, no como á quien esclavizaba á los italianos, sinó como á quien